
DE PROFUNDIS

-fragmentos-

Oscar Wilde

... Todo esto ocurrió a principios de noviembre del año antepasado. El fluir de un gran río de vida me separa de fecha tan remota. Para ti es casi imposible ver a través de ese desierto. Para mí todo parece haber ocurrido no digamos ayer sino hoy mismo. El dolor es un instante inmenso. No podemos dividirlo en estaciones. Sólo podemos registrar sus caprichos y hacer la crónica de su retorno. Para nosotros el tiempo no avanza: da vueltas. Parece girar en torno de un centro de dolor. Nuestra vida tiene una inmovilidad paralizadora y está regulada en todas sus circunstancias por un diseño inmutable: comemos, bebemos, dormimos y rezamos, o al menos nos arrodillamos para rezar, de acuerdo con las leyes inflexibles de una fórmula de hierro. Y esta cualidad inmóvil hace que cada día terrible sea como su hermano hasta en el mínimo detalle. (...)

Para nosotros sólo hay una estación: la estación del dolor. Se diría que nos han arrebatado hasta la luna y el sol. Afuera el día puede ser de oro y azul, pero es gris y miserable la claridad que se filtra a través del vidrio empañado y opaco de la ventana bajo cuyas rejas nos sentamos. En nuestra celda y en nuestro corazón siempre es la hora del crepúsculo. Y nada se mueve en la esfera del tiempo ni en la esfera del pensamiento. (...) Recuerda esto, y podrás comprender un poco por qué te escribo y lo hago de esta manera.(...)

Donde hay dolor hay un suelo sagrado. Algún día la gente comprenderá lo que esto significa. Hasta entonces no entenderá nada de la vida. Robbie y quienes son como él pueden darse cuenta. Cuando, entre dos policías, me trasladaron de la cárcel al Tribunal de Quiebras, Robbie me esperaba en el largo y sombrío corredor: al verme pasar con la cabeza baja y las manos esposadas, me saludó respetuosamente quitándose el sombrero. Por menos que eso muchos han ganado el cielo. Y lo hizo delante de la multitud, y con un

gesto tan dulce y sencillo la redujo al silencio. Con este mismo espíritu y esta misma forma de amor los santos se arrodillaron para lavar los pies del pobre o se detuvieron a besar la mejilla del leproso. Nunca le he dicho a Robbie una palabra acerca de lo que hizo y hasta hoy no sé si él se dio cuenta de lo que su gesto significó para mí. No es algo que pueda agradecerse con las fórmulas habituales. Lo guardo entre los tesoros de mi corazón. Lo conservo allí como una deuda secreta y me alegra pensar que nunca podré pagarla. La embalsaman y la preservan en su dulzura la mirra y la cacia de muchas lágrimas. Cuando la sabiduría me resulta ineficaz, la filosofía estéril y los proverbios y frases de quienes han tratado de consolarme son en mi boca como polvo y ceniza, el recuerdo de esa pequeña, humilde, silenciosa demostración de afecto me abre las compuertas de todos los manantiales de la piedad; hace que el desierto florezca como una rosa y me libra de la amargura del solitario exilio para ponerme en armonía con el gran corazón del mundo, roto y herido. El día en que puedas entender no sólo qué hermoso fue el gesto de Robbie sino por qué significó y significará siempre tanto para mí, entonces, quizá, te darás cuenta de cómo y en qué estado de espíritu debiste haberte acercado a mí para pedirme el permiso de dedicarme tus versos.

Ah, si estuvieras en la cárcel, no diré por culpa mía –la idea me resulta intolerable– sino por una falta tuya, un error tuyo, fe en amigos desleales, un desliz en el pantano de la sensualidad, confianza mal otorgada o amor mal conferido, por todas estas causas o por ninguna, ¿crees que hubiera dejado que devoraras tu propio corazón en la soledad y las tinieblas sin tratar de algún modo, por mínimo que fuera, de ayudarte a resistir el amargo peso de tu desgracia? ¿Crees que no te hubiera hecho saber que si tú sufrías yo también sufría, que si llorabas también había lágrimas en mis ojos, que si yacías en el cautiverio y los hombres te despreciaban, yo había hecho con mis sufrimientos una casa para habitarla hasta que tú llegaras y acumulado un tesoro en el que todo lo que los hombres te negaron estaría esperándote para curarte, para darte cien veces más de lo que te quitaron? (...). Muchos hacen esto por mí. Cada tres meses la gente me escribe o se propone hacerlo. Sus cartas y mensajes son retenidos. Me los darán

cuando salga de la cárcel. Tengo la certeza de que están allí. Conozco los nombres de quienes me han escrito. Sé que están llenos de compasión, afecto y amabilidad. Esto me basta. No necesito saber más. Tu silencio, en cambio, ha sido horrible. No ha sido un silencio de semanas y meses sino de años. Y, dejando aparte todas las demás razones, tu indiferencia, tu habilidad mundana, tu insensibilidad, tu prudencia o como quieras llamarla, se vuelve doblemente amarga para mí por las circunstancias que acompañaron y sucedieron a mi caída.

Otros desdichados, cuando se les arroja en prisión y se les despoja de todas las bellezas, están en cierta medida a salvo de las pedradas y de las flechas más mortales que arroja el mundo. Pueden ocultarse en la oscuridad de sus celdas y convertir su desgracia en una especie de santuario. El mundo ha hecho su voluntad y sigue su camino y los deja sufrir sin molestarlos. Conmigo ha sido diferente. Un dolor tras otro ha venido a llamarme a las puertas de la prisión y a todos los dejaron entrar. Casi ninguno de mis amigos ha soportado el verme. Pero mis enemigos siempre han tenido acceso a mí. Dos veces en mis comparecencias ante el Tribunal de Quiebras, otras dos al ser públicamente transferido de una prisión a otra, fui mostrado en condiciones de indecible humillación a la mirada y al escarnio de los hombres. El mensajero de la muerte me trajo sus noticias y se fue. Tuve que soportar el peso intolerable del dolor y el remordimiento que el recuerdo de mi madre me causó y me sigue causando en completa soledad y aislado de cuanto pueda darme consuelo o insinuarme alivio. Apenas el tiempo mitigó, aunque no curó, esta herida, los abogados de mi esposa me enviaron cartas acerbas, severas y violentas. Sufría al mismo tiempo el reproche por mi pobreza y la amenaza de la miseria. Soy capaz de resistirlas. Puedo disciplinarme para hacer frente a peores cosas; pero me arrebataron a mis dos hijos mediante procedimientos legales. Esto es y será siempre para mí un motivo de infinita aflicción, de infinito dolor, de desdicha sin límites ni término. Es horrible para mí que la ley decida que soy indigno de vivir con mis hijos. Ante esto la desgracia de la prisión no es nada. Envidia a los hombres que caminan conmigo por el patio. Estoy seguro de que sus hijos los esperan, aguardan su regreso, serán cariñosos con ellos.

Los pobres son más sabios, caritativos, bondadosos y sensibles que nosotros. Para ellos la cárcel es una tragedia en la vida de un hombre, una desgracia, un accidente, algo que despierta la compasión de los demás. De quien se halla en la cárcel dicen tan sólo que "está en dificultades". La frase, que invariablemente utilizan, encierra una perfecta sabiduría de amor. Entre las personas de nuestra clase es diferente. Para nosotros, la cárcel convierte al hombre en un paria. Yo, y todos los que están en mis condiciones, apenas tenemos derecho al aire y al sol. Nuestra presencia enturbia el placer ajeno. Somos mal recibidos al salir de prisión. Y no es para nosotros el vislumbrar los destellos de la luna. Nos arrebatan a nuestros hijos. Rompen los lazos amados que nos ligan a la humanidad. Nos condenan a quedar solitarios mientras nuestros hijos siguen viviendo. Nos niegan lo único que podría consolarnos, sostenernos, ser un bálsamo para nuestro lacerado corazón y devolver la paz a nuestra alma en zozobra (...).

Los dioses me concedieron casi todo. Tuve genio, un nombre distinguido, alta posición social, brillantez, audacia intelectual; hice del arte una filosofía y de la filosofía un arte; cambié las ideas de los hombres y los colores de las cosas; ninguno de mis actos ni de mis palabras dejó de asombrar a la gente. (...) Traté el arte como la suprema realidad y la vida como una forma de ficción. Desperté la imaginación de mi siglo hasta hacerlo crear mitos y leyendas en torno a mí. Resumí todos los sistemas en una frase y toda la existencia en un epigrama. Junto con estas cosas tuve otras diferentes. Porque me dejé extraviar y caí en largos encantamientos de insensatez y sensualidad. Me divertía ser un *flâneur* (un deambulante), un dandy, un hombre a la moda. Me rodeé de las naturalezas más pequeñas y de las mentes más mezquinas. Me convertí en el derrochador de mi propio genio y encontré un goce extraño en malgastar mi eterna juventud. Cansado de la cima bajé deliberadamente al abismo, en busca de nuevas sensaciones. En la esfera de la pasión, la perversidad fue para mí lo que la paradoja en la esfera del pensamiento. A la postre, el deseo fue una enfermedad, una locura o ambas cosas. Llegué a despreocuparme de las vidas ajenas. Tomé el placer de donde quise y seguí mi camino. Olvidé que hasta la mínima acción diaria

construye o destruye el carácter: lo que hicimos en la cámara secreta un día, lo lloraremos a gritos en los tejados. Dejé de ser el dueño de mí mismo. Ya no guiaba mi alma y lo ignoraba. Permití que me dominaras y que tu padre me aterrorizara. Terminé en la horrible desgracia. Ahora sólo me resta la absoluta humildad. También a ti ahora sólo te resta la absoluta humildad. Lo mejor que podrías hacer es postrarte en el polvo y aprenderla de mí.

He pasado en la cárcel cerca de dos años. De lo más hondo de mí mismo ha brotado una desesperación feroz; un abandono a la pesadumbre que es lastimoso de contemplar; una rabia impotente y terrible; amargura y desprecio; una angustia que llora en voz alta; un sufrimiento que no encuentra voz; una pena sorda. He recorrido todas las posibilidades del sufrimiento. Mejor que él mismo sé lo que Wordsworth quiso comunicarnos cuando dijo: "Es permanente y lóbrego el sufrir y su naturaleza es infinita". Pero si a veces me recreaba en la idea de que mis sufrimientos no tendrían fin, me era imposible soportar que no tuvieran sentido. Ahora, oculto en algún punto de mi naturaleza, encuentro algo que me dice que nada en el mundo, y mucho menos el dolor, carece de sentido. Lo que está oculto en mi naturaleza, como un tesoro en un terreno baldío, es la humildad.

Es lo último y lo mejor que me ha quedado: el descubrimiento postrero al que llegué, el punto de partida de un nuevo desarrollo. Ha surgido de lo más profundo de mi ser, de modo que llegó en el momento preciso. No pudo venir antes ni después. Si alguien me lo hubiera dicho, lo habría negado. Si me lo hubiesen traído, lo habría rechazado. Lo encontré por mí mismo y quiero y debo conservarlo. Es lo único que posee elementos de vida, de una *Vita nuova* para mí. Es la más extraña de las cosas: no podemos darla a los demás ni nadie puede dárnosla. Sólo podemos adquirirla por la renuncia a todas nuestras posesiones. Sólo nos damos cuenta de que la poseemos cuando lo hemos perdido todo.

Ahora reconozco que la tengo, veo claramente cuál es mi deber y obligación. Y al emplear esta frase no me refiero a sanciones o mandatos externos. Para mí son inadmisibles. Soy más individualista

que nunca. No me parece que tenga ningún valor nada que no salga de nosotros mismos. Mi naturaleza busca una nueva forma de auto-cumplimiento. Esto es lo que me importa ahora. Y lo primero es librarme de todo resentimiento en contra tuya. (...)

Si no me resta un solo amigo en el mundo, si ninguna casa se abre piadosamente para mí, si tengo que vestir los andrajos de la penuria, mientras esté libre de todo resentimiento, dureza y desprecio, seré capaz de enfrentarme a la vida con más serenidad y confianza que si estuviera vestido de púrpura y lino pero llevara dentro un alma enferma de odio.

Y en realidad no me será difícil perdonarte. Sin embargo, para darme este placer tienes que desearlo. Cuando necesites el perdón lo hallarás esperándote. No hace falta decir que mi tarea no termina en este punto. Sería relativamente fácil que así fuera. Tengo mucho camino por delante: montañas escarpadas por ascender, valles sombríos por atravesar. Y debo hacerlo todo por mí mismo. Ni la religión, ni la moral ni la razón pueden ayudarme en lo absoluto.

La moral no me ayuda. Soy antinómico por naturaleza. Soy uno de esos que están hechos para las excepciones, no para las reglas. No veo el mal en lo que hacemos sino en aquello que nuestros actos hacen de nosotros. Y está bien haberlo aprendido.

La religión no me ayuda. La fe que otros ponen en lo invisible la doy a lo que puedo ver y tocar. Mis dioses moran en templos hechos a mano y mi credo está completo y perfecto dentro del círculo de la experiencia real. Quizá demasiado completo pues, como muchos o todos los que sitúan su paraíso en esta tierra, no sólo encontré en él las bellezas del cielo sino también los horrores del infierno. Cuando pienso en la religión, siento el deseo de fundar una orden para aquellos que no pueden creer: la Hermandad de los Huérfanos pudiera llamarse, en la cual, ante un altar en que no ardiera ningún cirio, un sacerdote en cuyo corazón no hubiese paz, celebrara la misa con un pan sin consagrar y un cáliz sin vino. Todo, para ser verdadero, tiene que convertirse en religión. Y el agnosticis-

mo debe tener un ritual como lo tiene la fe. Si ha sembrado sus mártires, ha de cosechar sus santos y alabar a Dios todos los días por haberse ocultado a los ojos del hombre. Pero ya sea fe o agnosticismo, nada debe ser externo para mí. Sus símbolos tienen que ser de mi creación. Sólo es espiritual lo que modela su propia forma. Si no puedo hallar su secreto dentro de mí, nunca podré encontrarlo: si no lo encuentro ahora, nunca vendrá hacia mí.

La razón no me ayuda. Me dice que las leyes que me condenaron son injustas y erróneas y el sistema bajo el que he sufrido, injusto y erróneo. Pero de algún modo tengo que hacer que ambas cosas sean justas y rectas para mí. En la evolución ética de nuestro carácter debe ocurrir lo mismo que en el arte, donde sólo nos interesa lo que una cosa en particular significa en un momento particular para nosotros. Tengo que volver bueno para mí todo lo que ha ocurrido. El camastro de tablas, la comida repugnante, las duras sogas que vamos desmenuzando en estopa hasta que las yemas de nuestros dedos se vuelven insensibles al dolor, los ruines trabajos con que empieza y acaba el día, las brutales disposiciones que parece necesitar la rutina, el horrible uniforme que convierte nuestra desgracia en un espectáculo grotesco, el silencio, la soledad, la vergüenza: tengo que transformar todas y cada una de estas cosas en una experiencia espiritual. No hay una sola degradación del cuerpo que yo no deba convertir en una espiritualización del alma.

Quiero llegar al punto en que pueda decir con toda sencillez, sin la menor afectación, que los dos momentos decisivos en mi vida fueron cuando mi padre me envió a Oxford y cuando la sociedad me mandó a prisión. No diré que la cárcel sea lo mejor que pudo haberme ocurrido porque esa frase tendría el dejo de un gran resentimiento contra mí mismo. Preferiría decir o escuchar que he sido un típico producto de mi época, que por mi perversidad, y en aras de esta perversidad, volví malo lo bueno de mi vida y volví bueno lo malo de mi vida.

No importa mucho, sin embargo, lo que yo diga o digan los demás. Lo importante, lo que está frente a mí, lo que debo hacer si

no quiero estropear, frustrar y dejar incompletos los días que me restan de vida, es absorber en mi naturaleza todo lo que me han hecho, volverlo parte de mí mismo, aceptarlo sin quejas ni miedo ni asco. El supremo vicio es la limitación del espíritu. Todo lo que se comprende está bien.

Al principio de mi encarcelamiento algunos me aconsejaron que tratara de olvidar quién era yo. Fue un mal consejo. Sólo en entender quién soy he hallado consuelo. Otros me aconsejan ahora que, al salir libre, intente olvidar por completo que he estado en la cárcel. Sé que resultaría igualmente funesto. Significaría vivir perpetuamente obsesionado por una intolerable sensación de infortunio y que esas cosas que han significado tanto para mí como para cualquier otro están mancilladas y han perdido su poder de curar y transmitir alegría: la belleza del sol y de la luna, el desfile de las estaciones, la música del amanecer, el silencio de las grandes noches, la lluvia que al caer se filtra entre las hojas o el rocío que se desliza por la hierba y la esmalta de plata. Rechazar nuestras experiencias significa detener nuestro desarrollo. Negar nuestras experiencias es poner una mentira en labios de nuestra propia vida. Equivale a una negación del alma. (...)

De hoy en adelante, la única gente cuya compañía buscaré serán artistas y hombres que han sufrido: quienes saben lo que es la Belleza y quienes saben lo que es el Dolor: nadie más me importa. No exijo nada de la vida. En todo lo que he dicho, mi único compromiso ha sido con mi actitud mental hacia la vida en su conjunto. Siento que uno de los primeros objetivos que debo alcanzar es no avergonzarme de haber sido castigado en bien de mi propia perfección y precisamente por saberme imperfecto. (...)

Tengo aún tantas cosas que hacer que consideraría una tragedia morir antes de que me fuera dado completar al menos una parte de ellas. Veo nuevos desarrollos en el arte y la vida, cada uno de los cuales es una forma inédita de perfección. Anhele vivir para explorar lo que es un mundo enteramente nuevo para mí. ¿Quieres saber cuál es? Creo que puedes adivinarlo: es este mundo en que he vivi-

do. El dolor y todo lo que nos enseña es mi nuevo mundo. Solía vivir nada más para el placer. Evitaba toda clase de sufrimientos y dolores. Los odiaba. Había resuelto ignorarlos en lo posible: es decir, tratarlos como formas de imperfección. No encajaban en mi esquema de vida, no tenían sitio en mi filosofía. Mi madre, que conoció la vida en todos sus aspectos, me citaba a menudo unos versos de Goethe que Carlyle inscribió –y supongo también tradujo– como dedicatoria en un libro que le obsequió hace muchos años: "Quien no ha comido pesarosamente su pan / ni consumió las horas de la noche / llorando y esperando la mañana / no os conoce, Potencias Celestiales". La noble reina de Prusia, a quien tan brutalmente trató Napoleón, solía citar estos versos en su humillante exilio. También mi madre los repetía ante las penalidades de sus últimos años. Me negué por completo a reconocer o admitir la enorme verdad encerrada en ellos. No podía entenderlo. (...)

Ahora veo que el dolor, por ser la suprema emoción de que es capaz el hombre, es emblema y prueba de todo gran Arte. Lo que siempre busca el artista es el modo de existencia en donde alma y cuerpo integren una indivisible unidad; en donde lo externo sea expresivo de lo interno, en donde la Forma revele. (...) Tras la alegría y la risa puede ocultarse un temperamento grosero, duro e insensible. Pero tras el dolor siempre se encuentra el dolor. El sufrimiento, a diferencia del placer, no lleva máscara. La verdad en el arte no es ningún paralelo entre la idea esencial y la existencia accidental; no es la semejanza entre la figura y la forma o entre la forma reflejada en el espejo y la forma en sí; no es el Eco que brota de una colina hueca ni tampoco el manantial plateado del valle en que la luna contempla a la luna y Narciso a Narciso. La verdad en el arte es la unidad de una cosa consigo misma: lo externo que se hace expresivo de lo interno, el alma hecha carne, el cuerpo animado por el espíritu. Por esta razón, no hay verdad comparable con el dolor. A veces creo que el dolor es la única verdad. Otras cosas pueden ser ilusiones de nuestros ojos o de nuestra avidez, hechas para cegar a los primeros y saciar a la segunda, pero con el dolor se han edificado los mundos y, en el nacimiento de un niño o de una estrella, hay dolor. (...)

Recuerdo haber hablado de esto alguna vez a una de las personalidades más hermosas que he conocido: una mujer cuyo afecto, nobleza y bondad hacia mí, antes y durante la tragedia de mi encarcelamiento, son inexpresables; alguien que verdaderamente me ha ayudado sin saberlo a soportar la carga de mis penas como nadie en el mundo, y todo ello por el simple hecho de existir, de ser quien es –en parte un ideal y en parte una influencia–; un ejemplo de lo que uno puede llegar a ser, así como una auténtica ayuda para alcanzar ese ideal; un alma que embalsama el aire y hace ver lo espiritual con tanta sencillez y naturalidad como el mar o la luz del sol; alguien para quien la Belleza y el Dolor van de la mano y traen el mismo mensaje. Recuerdo que, en esa ocasión, le dije que en una sola calleja de Londres había bastante sufrimiento como para demostrar que Dios no ama al hombre. Y dondequiera que hubiese aflicción –aunque sólo fuera la pena de un niño que llora en el jardín por una falta cometida o no– el rostro de la creación quedaba desfigurado por entero. Me respondió que me equivocaba completamente. Pero yo no podía creerlo. No estaba aún en la esfera en que esta creencia puede ser alcanzada. Ahora me parece que el Amor, en todas sus formas, es la única explicación posible de la extraordinaria cantidad de sufrimiento que hay en el mundo. No puedo concebir otra explicación. Estoy convencido de que no hay otra y de que si, como dije, el mundo fue ciertamente hecho de dolor, también ha sido creado por las manos del amor porque de ninguna otra manera podría el alma del hombre, para quien fue hecho el mundo, alcanzar su total plenitud. El placer es para los cuerpos hermosos y el dolor para las almas hermosas. (...)

Veo una conexión íntima e inmediata entre la verdadera vida de Cristo y la verdadera vida del artista. Encuentro muy placentero reflexionar que, mucho antes de que el dolor se adueñase de mis días y me atara a su rueda, yo había escrito, en *El alma del hombre bajo el socialismo*, que quien llevase una vida semejante a la de Cristo sería por completo él mismo, y tomé como ejemplos no sólo al pastor en su ladera y al recluso en su celda, sino también al pintor, para quien el mundo es una fiesta de colores, y al poeta, para quien el mundo es una canción. Recuerdo haber dicho alguna vez, a André Gide, en un

café de París, que, si la Metafísica tenía muy poco interés para mí y la Moral absolutamente ninguno, en cambio no encontraba nada dicho por Platón o por Cristo que no pudiera trasladarse de inmediato a la esfera del arte y realizarse allí completamente. (...)

Y no se trata sólo de que podamos discernir en Cristo esa íntima unión de personalidad y perfección que constituye la diferencia real entre el arte clásico y el romántico y hace de Cristo el verdadero precursor del movimiento romántico en la vida, sino que la base misma de su naturaleza fue idéntica a la base de la naturaleza del artista: una imaginación intensa y semejante a una llama. Cristo practicó en toda la esfera de las relaciones humanas esa simpatía imaginativa que en la esfera del arte es el único secreto de la creación. Entendió la lepra del leproso, las tinieblas del ciego, la intensa aflicción de quienes sólo viven para el placer, la extraña pobreza de los ricos. Ahora te das cuenta –¿no es cierto?– de que al escribirme en mi pena: "Cuando no estás en tu pedestal, no eres interesante. La próxima vez que te enfermes voy a salir huyendo", estabas tan lejos del verdadero temperamento artístico como de lo que Matthew Arnold llama "el Secreto de Jesús". Ambos te hubieran enseñado que todo cuanto le sucede a otro te sucede también a ti. Si quieres una inscripción que puedas leer en el alba y en el crepúsculo, en el placer y en el dolor, inscribe en los muros de tu casa en letras que dore el sol y platee la luna: "Cuanto le sucede a otro me sucede también a mí". Y si alguien te pregunta qué significan esas palabras puedes responder: "El corazón de Nuestro Señor Jesucristo y el cerebro de Shakespeare".

El verdadero lugar de Cristo se halla entre los poetas. Todo su concepto de la Humanidad provino de la imaginación y sólo mediante ella puede ser comprendido. El hombre fue para Él lo que Dios para el panteísta. Fue el primero que vio la unidad de las razas divididas. Antes de Él, había habido dioses y hombres. Sólo Él comprendió que, en las montañas de la vida, estaban Dios y el Hombre, y sintiendo, mediante el misticismo de la simpatía, que ambos se encarnaban en Él, se llamó unas veces Hijo del Hombre y otras Hijo de Dios, de acuerdo con su ánimo. Como ningún otro personaje de

la historia, Él despierta en nosotros esa capacidad de asombro a la que siempre apela la imaginación romántica. Para mí hay algo casi increíble en la idea de que un joven campesino galileo se imagine capaz de llevar sobre sus hombros el peso del mundo entero, de todo lo hecho y padecido y de todo lo que aún estaba por hacerse y padecerse: tanto los pecados de Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, y de quien fue emperador de Roma y Sacerdote del Sol, como los sufrimientos de aquellos otros cuyos nombres son legión y moran entre sepulcros: las naciones oprimidas, los niños que trabajan en las fábricas, los ladrones, los prisioneros, los proscritos, es decir, aquellos a quienes enmudece la opresión y cuyo silencio únicamente Dios puede escuchar. No sólo se imaginó todo esto sino que lo puso en práctica, de manera que, ahora, quien entre en contacto con su personalidad –aunque nunca se incline ante su altar ni se prosterne ante sus sacerdotes– hallará de algún modo que Cristo borra la fealdad de su pecado y le revela cuanta belleza hay en el dolor.

He dicho que el lugar de Cristo se halla entre los poetas. Es cierto. Shelley y Sófocles están en su compañía. Pero también su vida entera es el más maravilloso de los poemas. Por lo que se refiere a "la compasión y el terror" no hay nada en todo el ciclo de la tragedia griega que pueda siquiera aproximarse a la vida de Cristo. La pureza absoluta de su protagonista eleva su esquema trágico a una cumbre del arte romántico, desde la cual los sufrimientos de Tebas y de los Pelópidas quedan excluidos por su horror, y muestra cómo Aristóteles se equivocó cuando dijo, en su tratado sobre el Drama, que sería intolerable el espectáculo de alguien que sufre sin tener culpa alguna. Ni en Esquilo ni en Dante, austeros maestros de ternura, ni en Shakespeare, el más humano de los grandes artistas, ni en todas las leyendas y mitos célticos, en donde la belleza del mundo se muestra a través de una bruma de lágrimas y la vida de un hombre dura lo que una flor, hay nada que, por la absoluta simplicidad de su patetismo –unida y aunada con la sublimidad de su efecto trágico–, podamos decir que iguale o al menos se acerque al último acto de la Pasión de Cristo. La Cena con sus compañeros, uno de los cuales lo ha vendido previamente por algunas monedas, la angustia en la quietud del jardín iluminado por la luna, el falso

amigo que se le acerca para traicionarlo con un beso, y el otro que sigue creyendo en él: aquél en quien, como sobre una piedra, había esperado edificar un refugio para el hombre y que, sin embargo, lo niega al amanecer mientras el gallo canta; su total soledad y su doblegamiento, su aceptación de todo; y, al lado de esto, aquellas escenas en que el Sumo Sacerdote de la ortodoxia desgarrá furiosamente sus vestiduras y el Magistrado de la justicia civil pide agua con la vana esperanza de que podrá lavar de sus manos esa mancha de sangre inocente que hace de él la figura sangrienta de la historia; la coronación, que es una ceremonia de dolor y una de las más maravillosas escenas de todos los siglos que nos han dejado su crónica; la crucifixión del inocente ante los ojos de su madre y del discípulo amado; la soldadesca que se juega sus vestiduras a los dados; la terrible muerte mediante la cual legó al mundo su eterno símbolo; su entierro en el sepulcro del rico, su cuerpo envuelto en un sudario egipcio ungido con especias y perfumes como si hubiera sido hijo de un rey. Cuando uno contempla todo esto exclusivamente desde el punto de vista del arte, no puede menos que agradecer que el oficio supremo de la Iglesia sea el de escenificar la tragedia sin derramamiento de sangre: la representación mística de la Pasión de su Señor mediante el diálogo, las vestiduras e incluso el gesto. Para mí, siempre es una fuente de dicha y de pavor recordar que la última supervivencia del coro griego, perdido para el arte, se encuentra en el acólito que contesta al sacerdote durante la Misa.

Sin embargo, a decir verdad, la vida entera de Cristo –pues así de completamente pueden aunarse dolor y belleza en su sentido y manifestación– es realmente un idilio, aunque termine con la desgarradura del velo del templo, las tinieblas que cubren la faz de la tierra y la peña que cae para sellar la entrada del sepulcro. Uno siempre piensa en Él como en un joven recién casado seguido por sus compañeros, y de este modo se describe Jesús a sí mismo en algún pasaje; como un pastor que va por el valle con sus ovejas en busca del prado verde o del arroyo; como un cantor que trata de erigir con su música los muros de la Ciudad de Dios, o como un amante para cuyo amor el mundo entero resulta pequeño. Sus milgros me parecen tan sublimes y naturales como la llegada de la primavera. No

veo ninguna dificultad en creer que el encanto de su personalidad era tal que su sola presencia de su dolor al contacto de sus manos o de sus vestiduras; o que, a su paso por el camino de la vida, la gente que nada sabía de su misterio lo veía con toda claridad, y los sordos a toda llamada, excepto al reclamo del placer, escuchaban por vez primera la voz del amor y la encontraban tan "melodiosa como el laúd de Apolo"; o que las malas pasiones huían cuando Él se acercaba y los hombres, cuyas vidas sin imaginación habían sido una forma de muerte, se levantaban como de un sepulcro cuando Él los llamaba; o que, cuando Él predicaba en la montaña, la multitud olvidaba su hambre, su sed, las penas de la vida; o que a sus amigos, que lo escuchaban durante la cena, la vulgar comida les parecía delicada, el agua adquiriría el sabor del vino y la casa entera se llenaba con el aroma y la dulzura del nardo.

Renan, en su *Vie de Jesús* –ese grato Quinto Evangelio que podríamos llamar el Evangelio según Santo Tomás– dice que el gran triunfo de Cristo fue hacerse amar tanto durante su vida como después de su muerte. Ciertamente, si su lugar está entre los poetas, Él es también maestro de todos los amantes. Comprendió que el amor es el secreto del mundo que se había perdido y que los sabios habían estado buscando, y que sólo mediante el amor podemos aproximarnos al corazón del leproso y a los pies de Dios.

Y, sobre todo, Cristo es el supremo Individualista. La humildad como aceptación artística de todas las experiencias es sólo una de sus formas de manifestarse. Lo que Cristo busca siempre es el alma del hombre. La llama "el Reino de Dios" (è Basileía tou Theou) ⁽¹⁾ y la encuentra en todos nosotros. La compara a cosas nimias: una semilla, un puñado de levadura, una perla. Quiere decir que uno sólo puede comprender su propia alma si se desprende de todas las pasiones ajenas, toda la cultura adquirida, todos los bienes externos, ya sean buenos o malos.

⁽¹⁾. Ponemos el texto griego en alfabeto latino para que cualquier lector pueda "escuchar" la expresión griega, que es lo que Oscar Wilde valoraba en la lectura del Evangelio que hacía en la cárcel, como un poco más adelante se dirá.

Hice frente a todo con obstinación y rebeldía hasta que en el mundo no me quedó más que Cyril. Había perdido mi nombre, mi posición, mi dicha, mi libertad y mi riqueza. Era un recluso y un indigente. Pero aún tenía algo maravilloso: mi hijo mayor. De pronto, me fue arrebatado por la ley. Fue un golpe tan horrible que no supe qué hacer. Caí de rodillas, bajé la cabeza y dije llorando: "El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor: no soy digno de ninguno de los dos". Al parecer, ese momento me salvó. Comprendí que mi única alternativa era aceptarlo todo. Desde entonces –por extraño que parezca– he sido más feliz. Naturalmente, había alcanzado la última esencia de mi alma. De muchas maneras había sido su enemigo, pero la encontré esperándome como quien espera a un amigo. Cuando uno entra en contacto con su alma, se vuelve simple como un niño. Cristo dijo que así debemos ser.

Es trágico que tan pocas personas "posean un alma" antes de morir. Dijo Emerson: "En el hombre nada hay más raro que un acto propio". Es absolutamente cierto. La mayoría de la gente es otra. Sus pensamientos son ajenos; sus vidas, remedos; sus pasiones, una cita entrecomillada. Cristo no fue sólo el supremo Individualista, sino el primero en la Historia. Hay quienes han intentado hacer de Él un filántropo común y corriente, como los abominables filántropos del siglo XIX, o lo han clasificado como un altruista de aquellos que, en vez de ciencia, poseen buenos sentimientos. No fue ni lo uno ni lo otro. (...)

El fin consciente de vivir para los demás no fue su credo ni constituyó la base de su credo. Al decir "Perdonad a vuestros enemigos", no habla en beneficio del enemigo sino por nuestro bien, porque el amor es más bello que el odio. Cuando pide al joven rico: "Vende cuanto posees y dalo a los pobres", se preocupa menos por la situación de los pobres que por el alma del joven que se está corrompiendo en la riqueza. En su visión de la vida, Él es como el artista que sabe que, por ley inevitable del autoperfeccionamiento, el poeta debe cantar, el escultor pensar en bronce, el pintor hacer del mundo un espejo para sus emociones con la misma certeza y seguridad con la que la oxiacanta debe florecer en primavera y el trigo do-

rarse en la época de la cosecha, como la luna que, en sus ordenadas peregrinaciones, se transforma de escudo en hoz y de hoz en escudo. Si bien Cristo jamás dijo a los hombres "Vivid para los demás", les indicó que no había diferencia alguna entre nuestra vida y la de nuestro prójimo. De este modo extendió la personalidad del hombre y la hizo titánica. Desde que vino a salvarnos, la historia de cada individuo es, o puede llegar a ser, la historia del mundo. (...)

Pero la vida misma en su más humilde esfera produjo a alguien más maravilloso que la madre de Proserpina o el hijo de Semele. De la carpintería de Nazaret surgió una personalidad infinitamente más grande que las forjadas por el mito y la leyenda, extrañamente destinada a revelar al mundo el sentido místico del vino y la belleza real de los lirios del campo como nadie lo había hechos en el Citerón ni en Hena.

Lo prefiguraba el canto de Isaías: "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos". En Él la profecía se cumplió. No debemos temer esta frase. Toda obra de arte es la conversión de una idea en imagen. Cada ser humano debería ser el cumplimiento de una profecía. Porque cada ser humano debería ser la realización de una idea, un ideal en la mente de Dios o en la mente del hombre. Cristo encontró el modelo y lo fijó, y el sueño de un poeta virgiliano, en Jerusalén o en Babilonia, a través del proceso de los siglos, se encarnó en Aquél a quien el mundo "esperaba". "... De tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres". Éstas son algunas de las señales que dejó Isaías para reconocer el nuevo ideal (Is. 52, 13-53, 12). (...)

En los últimos tiempos he estudiado atentamente los cuatro poemas en prosa acerca de Cristo. En Navidad conseguí un Nuevo Testamento en griego: cada mañana, cuando termino la limpieza de mi celda y acabo de lustrar mis utensilios, leo una parte de los Evangelios, una docena de versículos tomados al azar. Es una manera deliciosa de comenzar el día. Para ti, con la vida indisciplinada y turbulenta que llevas, sería de capital importancia hacer lo mismo.

Te beneficiaría infinitamente. Además, el griego es muy sencillo. Interminables repeticiones, oportunas e inoportunas, han marchitado para nosotros la frescura, la sencillez, el encanto romántico de los Evangelios. Los escuchamos leer con demasiada frecuencia y pésimamente, y toda repetición es antiespiritual. Cuando uno vuelve a leerlos en griego, siente como si entrara en un jardín de azucenas al salir de una casa asfixiante y sombría.

Y duplica mi placer la reflexión de que es muy probable que empleemos exactamente los mismos términos, los *ipsissima verba* usados por Cristo. Siempre se creyó que Cristo hablaba en arameo. El propio Renan lo pensó así. Ahora sabemos que los campesinos de Galilea, como los irlandeses de nuestra época, eran bilingües, y el griego, el lenguaje comúnmente empleado en Palestina y todo el Oriente. Nunca me agradó la idea de conocer las palabras de Cristo a través de traducciones de traducciones. Me encanta pensar que, por lo que se refiere a su conversación, Carmides podría haberlo escuchado, Sócrates discutido con Él y Platón llegado a comprenderlo; que Él dijo realmente: “egó èimi o poimen o kalós” (yo soy el buen pastor: Jn 10, 11) y que cuando pensó en los lirios que ni trabajan ni hilan se expresó exactamente en estos términos: “katamáthete tà krína toû àgrôû pòs àuxánonsin: oû kopiòsin oûdè néthousin (Mirad los lirios del campo. Considerad cómo crecen: no trabajan ni hilan: Mt 6, 28). Y que su última palabra, cuando clamó "Mi vida se ha consumado, ha alcanzado su término y su perfección", fue exactamente lo que san Juan nos dijo: “tetélestai”. Nada más.

Al leer los Evangelios –sobre todo el de san Juan o del gnóstico de los primeros tiempos que tomó su nombre y se vistió con su manto–, veo afirmarse continuamente la imaginación como la base de toda vida espiritual y material, y veo que, para Cristo, la imaginación fue simplemente una forma de amor, y que consideró al amor soberano en el más amplio sentido de la palabra. Hace unas seis semanas, el médico me autorizó a tomar pan blanco en vez del áspero pan negro o moreno del régimen carcelario. Es un auténtico manjar. Te parecerá extraño que un simple pan pueda ser un manjar para alguien. Para mí lo es, al punto de que, cuando termino cada comida,

me como una por una las migajas que sobran en mi plato de estaño o han caído en la tosca servilleta que usamos de mantel para no ensuciar nuestra mesa. Y no lo hago por hambre –ahora me proporcionan bastante alimento–: lo hago simplemente a fin de que no se desperdicie nada de lo que me dan. Así debíamos estimar el amor.

Cristo, como todas las personalidades fascinantes, tuvo la capacidad no sólo de decir cosas bellas sino de hacer que se las dijeran los demás. Me gusta la historia narrada por san Marcos (7, 26-30) acerca de la griega (gyné Hellenís) a quien, para probarla en su fe, Jesús dijo que no podía darle el pan de los hijos de Israel. La griega contestó: "Sí, señor, pero hasta los perrillos –“kinária” debe traducirse como perrillos– bajo la mesa comen de las migajas de los niños". Casi todos viven para el amor y la admiración. Deberíamos vivir por el amor y la admiración. Cuando nos muestran amor, deberíamos reconocer que somos completamente indignos de él. Nadie es digno de ser amado. El hecho de que Dios ame al hombre nos enseña que, en el divino orden de las cosas ideales, se escribió que el eterno amor será dado a quien sea eternamente indigno de él. O, si esta frase te parece amarga, digamos que todos son dignos de amor excepto quienes creen serlo. El amor es un sacramento que debemos recibir de rodillas. El “Domine, non sum dignus” tendría que estar en los labios y corazones de quienes lo tomaran. Quiero que pienses en esto. Te hace mucha falta. (...)

Si alguna vez vuelvo a escribir, a crear una obra artística, hay dos temas sobre los cuales y a través de los cuales deseo expresarme. Uno es "Cristo como precursor del movimiento romántico en la vida", el otro, "La vida artística y sus relaciones con la conducta". El primero, naturalmente, tiene una intensa fascinación para mí porque veo en Cristo no sólo todos los elementos esenciales del supremo carácter romántico sino también todos los accidentes –sin excluir la obstinación– del temperamento romántico. Nadie antes de él dijo a la gente que debía llevar "vidas como flores". Él acuñó la frase. Puso a los niños como ejemplo de aquello que los hombres debieran intentar ser. Los presentó como paradigma a sus mayores,

cosa que siempre he pensado que puede ser la principal utilidad de los niños –si es que lo perfecto puede tener alguna utilidad. Dante describe el alma de un hombre que viene de las manos de Dios "como una niña". Y Cristo entendió también que el alma de cada uno de nosotros debe ser así: "a guisa di fanciulla che piangendo e ridendo pargoleggia" (a guisa de muchachita que llorando y riendo parlotea). Sintió que la vida es cambiante, fluida, activa, y que dejarla estereotiparse en alguna forma era la muerte. Vio que los hombres no deben tomar muy en serio sus vulgares intereses materiales; que ser impráctico es una gran cosa: no debemos preocuparnos excesivamente por nuestros asuntos. Si no lo hacen los pájaros, ¿por qué ha de hacerlo el hombre? Me parece encantador cuando dice: "... No os acongojéis por el día de mañana... ¿No es la vida más que la carne, y el cuerpo no vale más que el vestido?" Un griego hubiera empleado esta última frase, llena de sentimiento helénico. Pero sólo Cristo pudo decirlas ambas y resumir así perfectamente la vida para nosotros.

Su moral es toda simpatía; justamente lo que debe ser la moral. Si sus únicas palabras hubieran sido "sus pecados le son perdonados porque amó mucho", valdría la pena haber muerto después de haberlas pronunciado. Su justicia es toda poesía; precisamente lo que debe ser la justicia. El mendigo va al cielo porque fue desdichado. No puedo concebir mejor razón para enviarlo allí. Los hombres que durante una hora trabajan en la viña bajo la frescura del anochecer reciben el mismo salario que quienes se afanaron el día entero bajo el sol ardiente. ¿Por qué no? Probablemente ninguno merecía nada. Quizá eran distintos. Cristo se mostraba impaciente con los sistemas mecánicos y sin vida que tratan como objetos a las personas y por tanto tratan a todos igual. Como si alguien o algo fuera idéntico a otra cosa en el mundo. Para Él no existían reglas sino excepciones.

Esto, que es la clave del arte romántico, fue para Él la base justa de la vida real. No vio ninguna otra base. Y cuando llevaron a su presencia a una mujer sorprendida en adulterio y le mostraron que la ley mandaba apedrear a las adúlteras y le preguntaron qué hacer, Jesús escribió en tierra con el dedo, como si no hubiera oído. Al

ser apremiado, levantó la cabeza y dijo: "aquél de vosotros que esté limpio de culpa arroje contra ella la primera piedra". Valdría la pena haber vivido sólo para haber dicho estas palabras.

Como todas las naturalezas poéticas, Cristo amaba a los ignorantes. Sabía que el alma de quien ignora dispone de sitio para una gran idea. Pero era incapaz de soportar a los imbéciles, sobre todo a aquellos que se volvieron imbéciles gracias a su instrucción: gente llena de opiniones que no entiende, tipo característicamente moderno, pero que Cristo se anticipó a describir como el hombre que posee la llave de la ciencia pero que, incapaz de usarla, impide a los demás emplearla ni aunque esté hecha para abrir la puerta del Reino de los Cielos. Libró el más importante de sus combates contra los filisteos. Es el combate que tienen que entablar todos los hijos de la luz. El filisteísmo era la nota dominante de la época y del medio en que vivió. Con su densa inaccesibilidad a las ideas, su satisfacción respetabilidad, su tediosa ortodoxia, su culto al éxito vulgar, su preocupación exclusiva por los aspectos más burdos y materiales de la vida, su grotesca idea de sí mismos y de su propia importancia, los judíos de Jerusalén eran, en tiempos de Cristo, el equivalente exacto del filisteísmo británico de los nuestros. Cristo escarneció los "sepulcros blanqueados" de la respetabilidad y acuñó esa frase para siempre. Trató el éxito material como algo por completo despreciable. No vio en él absolutamente nada. Juzgó la riqueza un estorbo para el hombre. No quiso oír hablar de la vida sacrificada a ningún sistema de pensamiento o de moral. Dijo que fórmulas y ceremonias estaban hechas para el hombre, no el hombre para las ceremonias y las fórmulas. Consideró la observancia rígida y supersticiosa del sábado como una de las cosas que debían ser anuladas. La gélida filantropía, las caridades ostentosas, los aburridos formalismos, tan apreciados por la clase media, fueron expuestos por Él con absoluto e implacable desdén. Para nosotros, lo que llaman "ortodoxia" es tan sólo una condescendencia fácil y boba; pero en manos de los filisteos fue una tiranía paralizadora y terrible. Cristo barrió con ella. Mostró que únicamente el espíritu

tiene valor. Sintió un sutil placer en demostrarles que, aunque pasaban todo el tiempo estudiando la Ley y los Profetas, no tenían la menor idea de lo que significaban. Contra la imposición a cada jornada de un tributo de rutinas y obligaciones –como imponían tributos de menta y de ruda–, Cristo predicó la inmensa importancia de vivir enteramente para el momento.

Los hombres a quienes perdonó sus pecados se salvaron simplemente por los bellos momentos de sus vidas. Al ver a Cristo, María Magdalena rompió el vaso de alabastro obsequiado por uno de sus siete amantes y ungió con especias aromáticas aquellos pies cansados y cubiertos de polvo. Sólo por este momento, María Magdalena está sentada para siempre el lado de Rut y de Beatriz, entre las guirnaldas inmaculadas de la Rosa del Paraíso.

Cristo nos enseña por medio de una leve advertencia que cada momento debe ser bello, que el alma debe estar siempre dispuesta para la llegada de su Esposo, siempre esperando la llamada de su Amante, y que el filisteísmo es simplemente esa parte del hombre que no está iluminada por la imaginación. Ve todas las buenas influencias vitales como formas de Luz: la imaginación misma es “la luz del mundo” (τὸ φῶς τοῦ κόσμου). El mundo está hecho por ella y, sin embargo, no puede entenderla. Porque la imaginación es una manifestación del amor y el amor es aquella capacidad imaginativa que distingue a un ser humano de otro.

Con todo, Cristo nunca se muestra más romántico –en el sentido de más real– que cuando trata con el pecador. El mundo ha venerado siempre al santo como la aproximación más cercana posible a las perfecciones de Dios. Mediante algunos de sus instintos divinos, Cristo parece haber amado siempre al pecador como la más cercana aproximación posible a las perfecciones del hombre. Su deseo primordial no fue reformar a la gente ni aliviar el sufrimiento. Su objetivo no fue convertir a un ladrón interesante en un tedioso hombre honesto. Hubiera despreciado la Sociedad Pro Rehabilitación de Presos y otros movimientos modernos de ese género. No le hubiera parecido una

hazaña la conversión de un publicano en fariseo. Pero, en alguna forma que aún no entiende el mundo, consideró el pecado y el sufrimiento como maneras de perfección hermosas y sagradas.

Esto parece una idea muy peligrosa. Y lo es: todas las grandes ideas son peligrosas. Que éste era el credo de Cristo no admite ninguna duda. Que es el verdadero credo, yo no lo dudo por mi parte.

Naturalmente, el pecador debe arrepentirse. ¿Por qué? Porque de otro modo sería incapaz de darse cuenta de lo que ha hecho. El instante del arrepentimiento es también el instante de la iniciación. Más aún: es el medio por el cual podemos alterar nuestro pasado. Los griegos pensaron que era imposible. Lo repiten sus aforismos gnómicos: "ni siquiera los dioses pueden modificar el pasado". Cristo demostró que puede hacerlo hasta el más vulgar de los pecadores –y es lo único que puede hacer–. Si alguien le hubiera preguntado, Cristo habría dicho, estoy seguro, que, cuando el hijo pródigo cayó de rodillas y derramó lágrimas, convirtió en hermosos y sagrados aquellos momentos del pasado en que desperdició su hacienda con prostitutas, apacentó los cerdos y codició los desperdicios con que se alimentaban los siervos en la casa de su padre. Para muchos es difícil comprender esta idea. Yo diría que uno tiene que ir a la cárcel para entenderla. Si logra entenderla, acaso habrá valido la pena haber ido a la cárcel.

Hay algo único acerca de Cristo. Por supuesto hubo cristianos antes de Cristo, así como hay falsas auroras que preceden al amanecer, días invernales tan inesperadamente llenos de luz que engañan al azafrán y lo hacen derrochar su oro antes de tiempo, y conducen al pájaro ingenuo a llamar a su compañera para hacer su nido en las ramas desnudas. Debemos estar llenos de gratitud hacia los precursores. Lo malo es que no ha habido ningún cristiano después de Cristo. Hago una sola excepción: San Francisco de Asís. Al nacer, Dios le concedió alma de poeta y él mismo, en su juventud, se desposó en místicas nupcias con la pobreza. Con alma de poeta y cuerpo de mendigo, no halló difícil el camino de la perfección. Entendió a Cristo y se volvió su seme-

jante. No necesitamos del *Liber conformitatum* para aprender que la vida de San Francisco fue la auténtica *Imitatio Christi*, un poema ante el que el libro de Kempis es simplemente prosa.

Cuando todo está dicho, el encanto de Cristo es precisamente éste: ser como una obra de arte. En realidad no nos enseña nada, pero el simple hecho de ser conducidos a su presencia nos convierte en algo distinto. Y todos están predestinados a su presencia. Al menos una vez en la vida, cada hombre camina con Cristo hacia Emaús. (...)

El sistema de la prisión es absoluta y enteramente erróneo. Daría cualquier cosa por lograr su cambio cuando esté libre y me propongo intentarlo. No obstante no hay nada en este mundo tan malo y tan erróneo que no pueda, si no enderezar, sí, al menos, resistir sin demasiada amargura, el espíritu de la humanidad que es también el espíritu del amor y que es el Espíritu de Cristo que no está en las iglesias.

Sé, además, que mucho de lo que me aguarda al salir es delicioso: desde lo que San Francisco llama "el hermano viento y la hermana lluvia", cosas encantadoras, hasta los escaparates de las tiendas y los crepúsculos de las grandes ciudades. Si hiciera una lista de todo lo que tengo aún por delante no sabría dónde terminarla; porque, ciertamente, Dios hizo el mundo para mí tanto como para cualquier otro. Tal vez abandone la cárcel con algo que nunca antes tuve. No necesito decirte que las Reformas Morales son para mí tan vulgares y carentes de sentido como las Reformas Teológicas. Pero, si proponerse ser mejor es una muestra de hipocresía anticientífica, llegar a ser más profundo es el privilegio de quienes han sufrido. Y creo que adquirir ese privilegio. Tú puedes juzgarlo. (...)

A tu respecto sólo tengo que decir una última cosa: no temas al pasado. Si te dicen que es irrevocable, no lo creas. Para la mirada de Dios, ante cuyos ojos debemos intentar vivir, pasado, presente y futuro son un instante. Tiempo y espacio, sucesión y extensión, resultan únicamente condiciones accidentales del pensamiento. La

imaginación puede trascenderlas y moverse en una libre esfera de existencias ideales. Una cosa es la manera como la miramos. Las cosas, en su esencia, son lo que queremos hacer de ellas. Dice Blake: "Donde otros no ven sino el alba que se levanta sobre la colina, yo veo a los hijos de Dios gritando de alegría". Lo que para el mundo y para mí mismo era mi futuro quedó irremediablemente perdido cuando me dejé tentar y empecé la demanda contra tu padre aunque, en realidad, mi futuro lo había perdido mucho antes. Lo que yace ante mí es el pasado. Tengo que verlo con ojos diferentes, hacer que el mundo lo vea con ojos diferentes, hacer que Dios lo vea con ojos diferentes. No podría lograrlo ignorándolo, disminuyéndolo, elogiándolo o negándolo. Lo que pretendo hacer sólo es plenamente posible aceptando mi pasado como una parte inevitable en la evolución de mi vida y de mi carácter, bajando la cabeza por todo lo que he sufrido. Estoy muy lejos aún del temple verdadero del alma: como te lo demuestra claramente esta carta con sus ánimos cambiantes e inciertos, sus sarcasmos y su amargura, sus propósitos y la incapacidad de cumplir esos propósitos. Pero no olvides en qué terrible escuela hago mi aprendizaje. E, incompleto e imperfecto como soy, de mí todavía tienes mucho que recibir. Viniste a mí para aprender los placeres vitales y artísticos. Quizá me ha sido dado enseñarte algo mucho más maravilloso: el sentido del dolor y su belleza.

Con todo el afecto de tu amigo,
Oscar Wilde